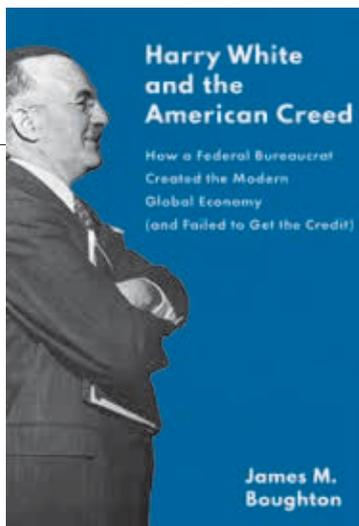


Fundador eclipsado

EN LA ANTESALA del Directorio Ejecutivo del FMI se erigen dos bustos de bronce sobre pedestales: uno de John Maynard Keynes y otro de Harry Dexter White. Innumerables libros y biografías se han escrito sobre el primero, pero es mucho menos lo que se sabe sobre el segundo. El antiguo historiador del FMI James Boughton corrige este desequilibrio en su extraordinaria biografía, *Harry White and the American Creed*.

En la primera parte del libro conocemos los primeros años de White y su origen humilde; White comenzó su educación superior recién cuando tenía cerca de 30 años, después de participar en la Primera Guerra Mundial. Asistió a Columbia, Stanford y Harvard, donde recibió el premio a la mejor disertación de doctorado en 1932. A pesar de sus antecedentes académicos, durante la Gran Depresión no era fácil conseguir trabajo y White terminó enseñando en una pequeña institución terciaria de Wisconsin. Tuvo su gran oportunidad cuando el afamado economista Jacob Viner lo invitó a cursar una pasantía de tres meses en el Tesoro de Estados Unidos, en el verano boreal de 1934. Como prueba de la inteligencia, determinación y ambición de White, durante su pasantía produjo un informe de 400 páginas sobre el sistema monetario que debería tener Estados Unidos.

La pasantía dio paso al logro distintivo de White: su contribución para darle forma al orden monetario internacional de posguerra que se decidió en la Conferencia de Bretton Woods. Entre los documentos de White se encontró una anotación que decía: “En Washington una vez Lord Halifax le susurró a Lord Keynes: ‘es verdad que ellos tienen los cofres con dinero, pero nosotros, ¡nosotros tenemos el cerebro!’” Boughton se propone refutar dicha afirmación y atribuye a White cuatro ideas profundas: que el sistema de la posguerra debía diseñarse mientras aún se libraba la guerra; que debía ser diseñado por todos los países aliados, y no simplemente darse a conocer como un hecho consumado producto de la negociación entre Gran Bretaña y Estados Unidos; que debería promover el comercio y los pagos multilaterales, y que debería basarse en el dólar de EE.UU., y no en una moneda internacional nueva y artificial. Si bien la sensatez de basar el sistema monetario internacional en la moneda de un único país (incluso



James M. Boughton

Harry White and the American Creed: How a Federal Bureaucrat Created the Modern Global Economy (and Failed to Get the Credit)

Yale University Press,
New Haven, CT, 2021,
464 págs., USD 40

uno tan poderoso como Estados Unidos) es cuestionable, el instinto de White de que el Congreso nunca ratificaría de otro modo el Convenio Constitutivo del FMI fue probablemente correcto.

La obra de Boughton es un buen trabajo académico que se lee como una novela de suspenso.

Asimismo, el libro aborda las acusaciones recibidas por White al final de sus días —y que seguramente acabaron con su vida— de ser un agente soviético. Aquí Boughton realiza un trabajo meticuloso para documentar cada una de las acusaciones e insinuaciones a fin de demostrar lo endebles (y con frecuencia ridículas) que eran. Conforme concluye Boughton, “si White fue un espía, fue uno muy malo... para un hombre que fue tan bueno en todo lo que se propuso, acusarlo de tal acción sería la acusación más desagradable de todas”.

La obra de Boughton es un buen trabajo académico que se lee como una novela de suspenso. Y cualquiera sea el mensaje que uno derive de la misma, una conclusión es contundente: honrar a White junto a Keynes es totalmente correcto. **FD**

ATISH REX GHOSH, Historiador del FMI